

LA LITERATURA NO TIENE CURA

Manuel Valderrama Donaire



Macleín y Parker

PRIMERA EDICIÓN: mayo 2019

© DEL TEXTO: Manuel Valderrama Donaire, 2019

© DE LA PORTADA: Irene Suárez, 2019
www.behance.net/escandalovisual

© DE LA EDICIÓN: Macleín y Parker, 2019
Pasaje Lagunas de Ruidera, 6
41701 Dos Hermanas, Sevilla
www.macleinyparker.com

EDICIÓN Y CORRECCIÓN: Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

DISEÑO DE COLECCIÓN Y MAQUETACIÓN: Antonio Abad (Macleín y Parker)

IMPRESIÓN: Estilo Estugraf Impresores, S.L.
Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-120198-1-0
DEPÓSITO LEGAL: SE-928-2019

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	15
LA LITERATURA NO TIENE CURA	
1. NARCISISMO	23
1.1 ALTEREGOS, AUTOFICCIÓN Y OTRAS PLAGAS DEL YO	27
1.2 ENEMIGOS ÍNTIMOS	32
1.3 EL SHOW DE TRUMAN	36
2. EROS...	
2.1 ALICIA EN EL PAÍS DE HUMBERT HUMBERT	48
2.2 CUANDO SACHER-MASOCH ENCONTRÓ A SADE	55
2.3 EL REPRIMIDO	59
3. ...Y TÁNATOS	
3.1 EL SÍNDROME DE COTARD	69
3.2 LOS TRILLIZOS OSCUROS	75
3.3 LOS ESCRITORES SUICIDAS	80
4. COMPLEJOS MESIÁNICOS	
4.1 DELIRIOS MÍSTICOS O LAS 50 SOMBRAS DE DIOS	91
4.2 LA SANTIDAD FRUSTRADA	95
4.3 EL ESCRITOR GPS	97
5. POSESIONES DEMONIÁCAS	
5.1 EL SÍNDROME DE FAUSTO	107
5.2 JEAN GENET O LA SANTIDAD INVERSA	114
5.3 ESCRITOR POST MORTEM	117

6. DESORDEN DE PERSONALIDAD MÚLTIPLE	
6.1 SÍNDROME DEL AMIGO IMAGINARIO	127
6.2 EL SÍNDROME DE LA MANO AJENA	133
6.3 COMPLEJO DE ESCRIBANO	141
7. FOLIE À DEUX	
7.1 EL REY Y LA REINA DEL BAILE	151
7.2 EL SÍNDROME DE ESTOCOLMO	154
7.3 LA BELLA Y EL POETA	157
8. EL SÍNDROME DISNEY	
8.1 LOS CUENTOS MUTILADOS	169
8.2 LA INFANTILIZACIÓN DE LA CULTURA	172
8.3 LA SUBLIMACIÓN DE LA INFANCIA	176
9. EL MAL DE KAFKA	
9.1 PESIMISMO CRÓNICO	186
9.2 MUNDOS DISTÓPICOS	188
9.3 ADICCIONES	193
10. DE LA MISANTROPÍA COMO UNA DE LAS BELLAS ARTES	
10.1 LA LOCA DE LOS GATOS Y LOS CARACOLES	207
10.2 EL SÍNDROME DEL ERMITAÑO	210
10.3 ESCRITOR EN PRIMER GRADO	210
EPÍLOGO	219
BIBLIOGRAFÍA Y PUBLICACIONES INTERESANTES	223

*A Emilio Holguín,
por su amistad.
Y a Viki,
porque sin ella
todo sería nada*

¿Qué locura o desatino me lleva a contar las ajenas faltas,
teniendo tanto que decir de las mías?

MIGUEL DE CERVANTES

INTRODUCCIÓN

EL COMPLEJO DE DEMIURGO

Samuel Johnson afirmaba que: «Cualquier preponderancia de la fantasía sobre la razón es un grado de locura». En resumen, que la ficción es cosa de chalados. Y, a decir verdad, en el mundo literario, al cual por cierto dedicó su vida el Dr. Johnson, no faltan argumentos que suscriban esta teoría. Para empezar, cualquiera sabe que pretender vivir de lo que se escribe lleva implícito un claro desapego con la realidad. Autores de la talla de Cervantes, Edgar Allan Poe o Kafka pueden dar fe de lo difícil que resulta ganarse el sustento emborronando folios. ¿Por qué escribimos entonces si es más que probable que nuestro esfuerzo nunca llegue a verse recompensado económicamente? Siempre queda el prestigio, claro. Tiene sentido que el motor de muchos autores sea precisamente la vanidad. A fin de cuentas, perder el tiempo creando universos mediante la palabra suena a cosa propia de individuos aquejados de un indudable complejo de demiurgo. Un escritor no hace otra cosa que jugar a ser dios manejando caprichosamente el destino de unos personajes surgidos de su propia mente. ¿Y qué mejor alimento para la vanidad que perseguir la posibilidad de trascender más allá de nuestro tiempo? Es lícito soñar con que los profesores de

literatura sigan analizando nuestras obras y consigan que sus alumnos nos detesten siglos después de nuestra muerte. En cuanto a los escritores olvidados, esos que no alcanzaron la posteridad, siempre pueden conformarse con la capacidad curativa de la escritura. A saber de cuántos asesinos en serie nos hemos librado gracias a esa manía de poner en negro sobre blanco lo primero que se nos pasa por la cabeza. El neurólogo Oliver Sacks, defensor de las bondades terapéuticas de la literatura, abrazó la profesión de juntaletras con sus neurorelatos, algunos tan celebrados como *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, con los que demostró que la narrativa puede ayudar a articular y definir los trastornos mentales.

En cualquier caso, es indudable que la relación entre literatura y demencia siempre ha sido fructífera. Ya en la antigua Grecia se relacionaba la creatividad con los trastornos mentales. Para los helenos, la capacidad para mirar la vida desde una perspectiva diferente hacía que la línea que separaba al genio del loco fuera difusa. Más tarde, el cristianismo situó la causa de la demencia en las posesiones demoníacas, pero ni siquiera esto la logró desvincular por completo de la genialidad. Sería Freud el que se encargaría de dar un carácter más democrático a la locura al asegurar que el que más y la que menos anda enamorado de su madre o de su padre. Eso en el mejor de los casos. No hay que olvidar que también dejó la espada de Damocles del complejo de castración colgando por encima de nuestros genitales.

No debe ser casual, por tanto, que los dos escritores más universales de la historia de la literatura coincidiesen en tratar el tema de la locura en sus obras más señeras. Miguel de Cervantes ganó fama universal gracias a don Quijote, un hidalgo que pierde la cabeza a base de leer libros de caballería. Y aunque su novela ejemplar *El licenciado vidriera* también

está relacionada con los trastornos mentales, hay que reconocer que, cuantitativamente al menos, William Shakespeare le gana por goleada en esto de usar personajes enajenados. En sus dramas nos legó todo un catálogo de desequilibrios emocionales que iban desde el desenfreno autodestructivo del amor adolescente de *Romeo y Julieta* hasta la locura senil y desconfiada del *Rey Lear*, pasando por los celos homicidas de *Otelo*, la duda y la venganza en *Hamlet* o la ambición de poder en *Macbeth*, por citar solo algunos de los ejemplos más obvios.

La locura ha estado presente en las obras de cientos de escritores. Chejov, por ejemplo, aprovechó su condición de médico para retratarla en *El pabellón*. Ken Kesey se valió de su propia experiencia con las drogas y su trabajo en un psiquiátrico para crear su novela *Alguien voló sobre el nido del cuco*. Torcuato Luca de Tena no dudó en internarse voluntariamente en una institución psiquiátrica durante dieciocho días para documentarse antes de escribir *Los renglones torcidos de Dios*. Tampoco es desdeñable el número de autores que pisaron estos centros sin mediar la voluntad propia. Antonin Artaud, que estuvo en tratamiento psiquiátrico casi desde su infancia, sufrió múltiples ingresos a lo largo de su vida. Ezra Pound, esquizofrénico y narcisista, fue condenado a permanecer en un sanatorio acusado de traición. Edgar Allan Poe, amén de sus conocidas adicciones, padecía de manía persecutoria, sufría alucinaciones, miedo a la oscuridad y memoria defectuosa. La esquizofrenia le provocaba a Nietzsche frecuentes dolores de cabeza y en su ficha médica reza que a veces bebía su propia orina. Rousseau, ilustre hipochondríaco, siempre sospechó que aquellos que lo rodeaban formaban parte de una conspiración organizada en su contra. La bipolaridad y la tendencia maniáco-depresiva de Virginia

Woolf son bien conocidas. Hemingway se automedicaba con alcohol para combatir las crisis nerviosas. Leopoldo María Panero se ha convertido en el loco oficial de las letras españolas. Lovecraft llegó a alimentarse solo de helados y los trastornos de Philip K. Dick dan por sí solos para un libro más voluminoso que este. Herman Hesse, Serguéi Yesenin, Nikolái Gógol, Sylvia Plath, Guy de Maupassant son solo algunos ejemplos más de una larga lista de escritores acostumbrados a hacer funambulismo sobre el alambre de la salud mental.

Puede que alguien eche en falta entre los citados a Paulo Coelho, quien, al parecer, fue internado en un manicomio con solo quince años. No es por olvido por lo que no he mencionado a este maestro de la tautología. Sencillamente, trato de evitar que verdaderos creadores literarios tengan que compartir párrafo con este autor de mapas de carretera sentimental para lectores en busca de un camino. Aclarado este asunto, vuelvo a hacer punto y aparte.

En todo caso, la relación entre literatura y demencia no se limita a un simple listado de autores o personajes con problemas emocionales. Desde la psicología hay también un cierto gusto por poner nombre a los trastornos usando la literatura. Ya hemos hablado de Freud, que echó mano de la tragedia griega para bautizar su famoso complejo de Edipo. Su colaborador Carl Jung parece inspirarse también en los plagios literarios cuando, años más tarde, bautiza con el nombre de Electra el mismo trastorno en sentido contrario, es decir, el de la hija enamorada del padre. Sea como fuere, a los psiquiatras les gusta echar mano de personajes literarios para designar los complejos relacionados con la obstinación por eludir las responsabilidades de la vida adulta. Huckleberry Finn o Peter Pan han dado nombre a sendos desórdenes. El síndrome de

la Bella Durmiente, también conocido como de Klein-Levin, suma al comportamiento infantil un número inusitado de horas de sueño. Cualquiera que conviva con adolescentes sabe que, de tan común, hoy este síntoma está en claro peligro de ser considerado una simple costumbre generacional. De cualquier forma, los cuentos han servido con frecuencia de inspiración. Sirvan como ejemplo los complejos de Rapunzel, la Bella y la Bestia, Pinocho, Caperucita o la Alicia de Lewis Carroll. Mención aparte merece Cenicienta. Ella solita tiene un síndrome y un complejo. El primero se refiere a los niños que inventan maltratos de sus padres adoptivos y el segundo designa a personas con miedo patológico a la independencia y un fuerte deseo de ser guiados por otros. Sin olvidar a Pollyanna, el personaje de Eleanor H. Porter, cuyo nombre se utiliza para describir el optimismo enfermizo. Eso sí que es estar loco y lo demás son tonterías.

Sin embargo, no solo de libros infantiles vive el psicólogo. También los grandes clásicos de la literatura adulta han resultado ser útiles herramientas para el estudio de sus pacientes. Hamlet representa la duda. Otelo, los celos. La insatisfacción crónica se ha convertido en bovarismo y Anna Karenina ha dado su nombre a un trastorno afectivo compulsivo. Si la obsesión es por uno mismo, es Narciso el protagonista, o Dorian Gray si preferimos su versión más moderna. El sociólogo David Philips describió en 1974 la sugestión en la conducta suicida. Demostró que cada vez que aparecía en la primera página del *New York Times* alguna noticia referida a un suicidio se producía un efecto llamada y se incrementaba el número de personas que se quitaban la vida. ¿Creen que tuvo problemas para darle nombre a este fenómeno? Una vez más estaba la literatura para prestar servicio bautismal a la comunidad científica, esta vez, cómo no, recordando al joven Werther. En realidad, doscientos años antes de que el señor

Philips recordara al famoso personaje de Goethe para describir este comportamiento de imitación, ya se utilizó el término Fiebre de Werther o Mal de Werther para dar nombre a la oleada de suicidios que recorrió Europa tras la publicación de la novela que encarnaba los valores del romanticismo.

Como vemos los personajes literarios han resultado de gran ayuda a los estudiosos de la mente humana. Más raro resulta que sea un autor el que dé nombre a un trastorno. Que yo sepa, solo Henri-Marie Beyle ha prestado su seudónimo. En su libro de viajes *Nápoles y Florencia, un viaje de Milán a Reggio*, Stendhal describe cómo al entrar en la iglesia de la Santa Croce, en la capital de la Toscana, ahíto de belleza, sintió que el corazón se le aceleraba y empezó a sufrir una extraña sensación de vértigo. Desde entonces, al estrés del viajero sobrepasado por la contemplación del arte se le conoce como síndrome de Stendhal. No obstante, teniendo en cuenta la canícula florentina, un servidor no descarta que lo que el autor de *Rojo y negro* sufriera fuera una vulgar lipotimia.

Pero no se asusten ante tan variado catálogo de complejos y trastornos. Este libro no pretende ser un estudio riguroso desde el punto de vista psicológico. Mis conocimientos no dan para tanto. Solo se trata de disfrutar de un viaje por la historia de la literatura utilizando como *leitmotiv* los trastornos mentales, para poner de manifiesto que escribir (y leer) es una maravillosa locura. En esta nave de los locos en forma de libro nos encontraremos con autores y obras capitales de las que, a menudo, los posibles lectores se distancian por culpa de los estudios sesudos y el tono reverencial con el que los que hemos perdido la cabeza por la literatura acostumbramos a acercarnos a los clásicos. Veamos si tachándolos de locos conseguimos despertar su curiosidad.

1

NARCISISMO

Hace un par de años, paseando por el complejo arquitectónico de la Piazza dei Miracoli, en Pisa, me topé con una multitud de turistas haciéndose fotos en posturas inverosímiles en busca de la perspectiva perfecta para simular que el peso de la Torre Inclinada descansa sobre sus manos. Nada nuevo. Es este un hábito tan antiguo como el invento de la fotografía. Lo que en realidad llamó mi atención fue constatar que un buen número de estos esforzados viajeros prefería hacerse retratar haciendo equilibrios sobre las columnas que rodean el complejo usándolas a modo de falsos pedestales. Esto me llevó a esbozar una hipótesis sobre la existencia del «complejo de estatua» y la posibilidad de usarlo en un relato que, hasta ahora, no he llegado a escribir. Comoquiera que el nombre del síndrome recién inventado no me satisfizo, recordé el relato bíblico en el que la curiosidad de la esposa de Lot al girarse para contemplar la destrucción de Sodoma despierta la ira divina y queda convertida en estatua de sal. Conviene recordar que es castigada por el mismo dios que, incomprensiblemente, hace la vista gorda unos versículos más tarde cuando sus hijas emborrachan al padre para mantener con él relaciones incestuosas. Las decisiones del Señor son inescrutables. Y los

datos en la Biblia, insuficientes. Al menos en esta ocasión. Por más que busqué el nombre de esta pobre mujer injustamente metamorfoseada para bautizar el complejo de estatua, no lo hallé por ningún pasaje. Así que, como quiera que el libro sagrado no hace mención de ella más que por su condición de esposa del cuñado de Abraham, he tenido que conformarme con titular este capítulo con el poco original nombre de narcisismo, que también me vale y está mucho más documentado.

Narciso era un joven de belleza extraordinaria. Las mujeres caían rendidas a sus pies, pero él se limitaba a jugar con ellas. Se dejaba agasajar, alimentaba su ego y las rechazaba. Némesis, diosa de la venganza, decidió que tanto engreimiento merecía un castigo y le dio a probar de su propia medicina. Quiso que sufriera de amor no correspondido, pero no había en todo el planeta mujer ni diosa por la que el efebo estuviera dispuesto a perder la cabeza. A no ser, claro, que el objeto de su amor fuera él mismo. Némesis hizo que el vanidoso joven se asomase a un río. Al encontrarse con su reflejo, Narciso se quedó paralizado en la contemplación de su propio rostro. Fascinado, se lanzó sobre las aguas en busca de un beso imposible y murió ahogado.

Seguramente el narcisismo sea la enfermedad laboral más frecuente entre los letraheridos. De hecho, hasta que las redes sociales llegaron a nuestras vidas, la egolatría parecía una dolencia casi exclusiva de artistas en general y de escritores y estrellas del rock en particular. Hoy en día nos parece normal tanta vanidad después de que Instragram, Facebook y demás templos del culto al ego hayan pasado a convertirse en los espejos en los que se miran indisimuladamente los nuevos narcisos. Ahora cualquier hijo de vecino sin más mérito que saber abrirse una cuenta de Youtube encuentra en sí mismo a su alma gemela, pero hubo un tiempo en que este complejo había que ganárselo a base de genialidad.

1.1 ALTEREGOS, AUTOFICCIÓN Y OTRAS PLAGAS DEL YO

El tema de conversación de todo vanidoso compulsivo es, obviamente, su persona. No sorprende, por tanto, que los escritores, tan presuntuosos, tengan cierta tendencia a protagonizar de algún modo sus obras. Para tal fin, han ido urdiendo diversos métodos y recursos con los que asegurarse de ocupar todo el espacio posible en sus libros. Una de las formas más comunes es el uso de un *alter ego*. Es normal que los autores presten a sus personajes algunos rasgos de la personalidad propia, sean virtudes o defectos, para darles un toque de humanidad y verosimilitud. Cuando Gustave Flaubert afirma ser Madame Bovary no nos está diciendo que él haya vivido una aventura extramarital con un donjuán de provincias llamado Rodolphe. Lo que hace es ponernos sobre la pista de que algunos de los rasgos del carácter de Emma, el personaje que lo ha hecho inmortal, le fueron prestados por su creador. Pero ¿qué ocurre cuando el autor no se conforma con cederle a su criatura unas pocas cualidades? A veces el escritor construye un personaje para proyectar sobre el texto sus propias ideas, su comportamiento y hasta algunas de sus experiencias, sea o no protagonista (aunque un verdadero narcisista se encargará de convertirlo en personaje principal). En estos casos, se habla de *alter ego*.

En psiquiatría se utiliza el término para hablar de individuos con una segunda personalidad que se cree distinta de la original. Gente con una doble vida al más puro estilo de *Dr. Jekyll y Mr. Hyde* de Stevenson. En un tono más positivo, Superman sería el *alter ego* de Clark Kent o Batman el de Bruce Wayne. Eso sí, todo hay que decirlo, en literatura los desdoblamientos no son siempre tan virtuosos como en el mundo de los cómics. No hay más que echar un vistazo a los muchos relatos de Charles Bukowski en los que aparece su

personaje fetiche, Henry Chinaski, un antihéroe fracasado, alcohólico y misántropo que va dando tumbos de trabajo en trabajo y de mujer en mujer. Vamos, hecho a imagen y semejanza de su creador. John Updike, escritor de éxito felizmente casado y representante de la comunidad WASP, se proyecta en otro Henry, Henry Bech, escritor también, aunque judío, soltero y que atraviesa por una crisis creativa al parecer insalvable con una sola novela publicada, *El libro de Bech*, en la que le escribe una carta a su autor quejándose de que este le haya otorgado rasgos que le recuerdan a Norman Mailer, J. D. Salinger y Bernard Malamud. No sé de qué se queja. Si no triunfa en el mundo de las letras, es cosa suya, porque Updike utilizó como modelo autores de tronío.

El *alter ego* no siempre es un retrato exacto de su autor. A veces, como en el caso de Arturo Belano, el personaje de Roberto Bolaño, resulta ser aquello que a su creador le hubiera gustado ser o, incluso, aquello de lo que se salvó. Sin embargo Hemingway, que hizo a Nick Adams protagonizar veinticuatro de sus relatos, no parece haber proyectado en él anhelos ni temores no experimentados. Ambos tienen un padre médico, practican la pesca y la caza y sirven como conductor de ambulancia para la Cruz Roja durante la Primera Guerra Mundial. Hasta son heridos en una rodilla. Un claro caso de ficción a medias. Algo similar ocurre con Nathan Zuckerman, personaje y narrador en muchas de las novelas de Philip Roth. Zuckerman apareció por primera vez en *Mi vida como hombre* y se trataba de un personaje creado por otro personaje, el también escritor Peter Tarnopol. Más adelante, Roth utiliza repetidamente a Zuckerman, ya como protagonista, para explorar su relación con el arte en una suerte de meta-ficción. También lo introduce simplemente como testigo y narrador en su trilogía de novelas de tema histórico, *Pastoral americana*, *Me casé con un comunista* y *La*